

No obstante haber sido una solitaria, Rosario fue en sus clases todo lo contrario: solícita, interesada, amena, chispeante, servicial y de gran solidaridad con sus alumnos. Hacer y enseñar literatura fue para ella una forma de ubicarse en la realidad, de entablar relación con los seres humanos en un espléndido intento de comprensión mutua, la cual logró a cabalidad dentro del magisterio. Supo enseñarnos, especialmente a nosotros, sus alumnos, que sólo abriéndonos a lo más esencial dentro de nosotros mismos alcanzaríamos la libertad y lograríamos la plenitud. ¿Qué otra cosa mejor puede enseñar un maestro?

## Antonio Castro Leal

*Margarita Palacios Sierra*

Antonio Castro Leal nació en la ciudad de San Luis Potosí el 2 de marzo de 1896 y murió en Coyoacán el 7 de enero de 1981, después de haber fomentado los nuevos rumbos de la cultura de nuestro país. En 1907 ingresó a la Escuela Nacional Preparatoria en la que adquirió el conocimiento humanístico que lo acompañaría toda su vida. Formó parte del grupo de los “siete sabios”, los estudiantes que fundaron la “Sociedad de Conferencias y Conciertos” creada por Vicente Lombardo Toledano en 1916. Ellos continuarían la acción renovadora del Ateneo de la Juventud. En 1912, aún adolescente, asistía a los cursos de la Facultad de Humanidades que fundó Ezequiel Chávez, y en 1914 se había iniciado ya como crítico literario al publicar una antología titulada *Las cien mejores poesías (líricas) mexicanas* en la que colaboró con Henríquez Ureña, cuya influencia fue decisiva.

Antonio Castro Leal obtuvo los grados de licenciado y doctor en Derecho por la Universidad Nacional Autónoma de México, y doctor en Filosofía por la Universidad de Georgetown en Washington. Durante largo tiempo se dedicó a la docencia como actividad principal. Comenzó impartiendo literatura en la Escuela de Altos Estudios, en la Escuela Nacional Preparatoria y después en la Facultad de Filosofía y Letras.

En 1929 fue nombrado rector de la Universidad Nacional Autónoma de México. A pesar del corto periodo de su rectoría, Castro Leal dejó una huella profunda de su paso, pues promovió un nuevo Plan de estudios para la Escuela Nacional Preparatoria y fundó la Escuela Nacional de Economía.

Después de los históricos acontecimientos de 1929, Castro Leal vuelve a su carrera diplomática para regresar, cinco años después, como director del Instituto Nacional de Bellas Artes. Durante su gestión organiza la inauguración del Palacio de Bellas Artes con un memorable programa: Carlos Chávez estrenó *Llamaradas*, sinfonía proletaria para coro y orquesta, y se representó *La verdad sospechosa* de Juan Ruiz de Alarcón. A partir de 1945 fue jefe de supervisión cinematográfica de la Secretaría de Gobernación y presidente de la Comisión Nacional Cinematográfica. En 1945 ingresó a la Academia Mexicana de la Lengua, como miembro correspondiente. En 1946 fue director de la Colección de Escritores Mexicanos de la Editorial Porrúa y en 1948 fue electo miembro del Colegio Nacional. En 1949 fue nombrado representante de México en la UNESCO, donde fundó el Centro de Educación Fundamental de Adultos para la América Latina y logró que el español fuera aceptado como la tercera lengua internacional, ante el asombro de don Jaime Torres Bodet y la resistencia de Aldoux Huxley, con un brillante ensayo titulado *El español, instrumento de una cultura*. Posteriormente, de 1952 a 1955, fue presidente de la Sociedad de Críticos de Arte, correspondiente de la de París.

En la Universidad Nacional Autónoma de México fue coordinador de Humanidades de 1952 a 1954, director de Cursos Temporales y de los Cursos de Extensión Universitaria que fundó en San Antonio, Texas (1955-1963). En la Facultad de Filosofía y Letras impartió la cátedra de Literatura mexicana desde el 6 de marzo de 1941, y al año siguiente la Academia de profesores y alumnos de esta Facultad acordó solicitarle que dictara un curso sobre literatura norteamericana “ya que se hace necesaria esta enseñanza en nuestra Facultad”. Su ingreso fue definitivo y sólo se interrumpió en aquellas ocasiones cuando salía del país para sustentar conferencias en el extranjero. En estas ausencias tuvo distinguidos suplentes como Agustín Yáñez (en junio de 1942) y José Rojas Garcidueñas (en julio de 1943). Vestía con elegancia y pulcritud. Su voz era grave y modulada, su hablar lento, midiendo las palabras, y su discurso, justo e inteligente, estaba salpicado con gotas de fino humor.

Toda su obra (ensayos, cuentos, poemas), está dedicada al estudio de las características fundamentales de la cultura mexicana. Se ocupó con especial esmero de la literatura mexicana, de su evolución, de sus frutos y de sus jóvenes valores. Sus múltiples ensayos, prólogos y antologías son testimonio de estas inquietudes que también supo sembrar en la cátedra. Revela —como escribe Ermilo Abreu Gómez— que “[...] el hombre es coherente consigo mismo y con su obra, que actúa no al azar, sino acomodándose a un plan que explica y sitúa, junto a los valores literarios, los valores humanos en que éstos se apoyan”.